

¡SINTIENDOME VIEJO!

Por Osvaldo Bazil

ALGUNA vez, he escrito sobre la Habana literaria de hace veinte y cuatro años. Creo que fué en "La Nación". Pero, aún tengo cosas que decir. Tenía yo veinte años. Fué entonces, cuando la visité, por primera vez en 1904. Desde entonces es mi patria de elección, a tal grado, que no sé en qué calle de la Habana he nacido. ¡Tiene razón Bustamante, ese marco de la palabra, cuando fija y afirma una nueva razón, un nuevo derecho de suelo, y lo eleva a categoría jurídica; ¡el derecho de escoger una patria, es tan sagrado, como el nacimiento en ella! La tierra que uno escoge, por afecto, para vivir en ella, es la verdadera y permanente patria del individuo. ¡Evocar es desdoblar el pasado, es "pumar" una golosina que se nos escapa, es sujetar un ave que está deseosa de perderse en el espacio! Evoco la Habana de hace veinte y cuatro años atrás, cuando el ilustre y triunfador mandatario que hoy rigió los altos destinos de Cuba vestía traje de coronel con mando en Colombia y usaba bigotes caídos, negros, achinados; y era Rogelio Díaz Pardo, fogoso revolucionario contra el Gobierno de Santo Domingo, cuyos planes le eché a perder, gracias a mi gestión con Sanguily, Secretario de Estado y con el General Machado, Secretario de Gobernación. Esto ocurría en el año diez de nuestra era cristiana.

Entonces este gran Pepín Rivero vestía falda corta, azul, a rayas, y me iba a registrar mis papeles en mi habitación de Zuleta, frente al DIARIO.

Entonces, Wilfredo Fernández, el héroe aciañado de la pluma conciliadora de hoy, era un temible nombre de espada castigadora, y era, desde las columnas de "El Comercio", todos los lunes, un "Clarín", que juzgaba y disecaba a los ruisenores de "El Figaro". Temblábamos todos ante sus críticas. ¡Pichardo, Urbán y yo éramos sus víctimas favoritas! Sin embargo, su elogio de "Arcos Votivos", mi primer libro de versos, con todo y señalándole sus defectos, me dió a entender que en mí había un poeta y que podía continuar escribiendo versos! Fué el diploma. Me sentí orgulloso. Aún conservo ese artículo, como presea de honor de mi juventud. Entonces, había en la Habana, una bulliciosa y valiosa juventud intelectual, afanosamente preocupada de la literatura. Ser literato, era ser alguien y publicar una bella poesía era recibir sonrisas, mensajes de amor y dulces miradas, por las calles de Obispo y de San Rafael. Un soneto valía un centén, que lo gastábamos seguido, en pasear en coche, por el Prado y San Lázaro! Nos sentíamos un

poco héroe de leyenda esa tarde, hasta que la desaparición del centén o del luis, nos volvía a la realidad. Entonces, Carlos Miguel de Céspedes, vivía en un cuarto, en los altos del Restaurant "Fornos", y era literato, y amigo de toda la bohemia suspiradora, que le daba un matiz de ciudad romántica a la Habana, que ya ha perdido, y que le valió que toda la juventud de América, soñara con venir a ella, y conquistarla literariamente! La Habana tenía una gran influencia en todo Centro América, en Caracas, en Colombia, en el Perú. Esta influencia la mantenía viva, "El Figaro" heredada de "La Habana Elegante". Esas Revistas consagraban. Publicar en ellas, versos o prosas, era la más codiciada aspiración de todo aeda nativo o de toda lira extranjera! No era fácil publicar. Se escogía mucho el material. Se tenía en cuenta su mérito. Y obtener la publicación en primera página, era ya el salvo conducto de la celebridad. Recibir un elogio de Sanguily, de Wilfredo Fernández, de Ruiz Díaz, era como si nos sintiéramos ir de mano de la gloria, camino al cielo! Este elogio no era fácil obtenerlo. Esas plumas no se conquistaban con sonrisas ni con halagos. Decían siempre la verdad. Se sentían en "misión" profesional! La sección de Wilfredo, que él titulaba "Desde mi Bohío", era la más severa y austera tribuna de la crítica literaria. A Pichardo lo hacía polvo! No tenía que ver Wilfredo con nadie para fustigar. Pero enseñaba a la vez, porque su crítica, si sañuda e implacable, era noble y sabía a lo Don Juan Valera.

Esa Habana ha desaparecido, por lo menos, vibra menos hoy, la preponderancia que en ella se alcanzaba entonces con un buen soneto! "La más Fermosa", del chispeante y grato Enrique Hernández Mijares, dividió la ciudad y caldeó el ambiente como la aparición de un Lindbergh de la aviación lírica! Qué bella Habana, cuando el fino espíritu de Don Ricardo Dolz, premiaba con su elogio, desde la tribuna del Ateneo, la poesía, el arte, la ciencia, y abría sus salones de Empeдрado, para recibir y festejar al poeta, al artista, que ostentara la palma de un triunfo! Recuerdo la noche dedicada por Dolz, al colombiano Julio Florez, allí recité unos versos que tuvieron buena suerte: "Ya no hay misterio en las cosas", que me valieron que la más bella de las blondas hadas, viniera a darme el brazo, como un honor, para pasear por el salón! ¡Qué feliz me sentía yo esa noche! Julio recitó sus "Altas Tormentas", y el "Idilio Eterno". Era un recitador formidable que al recitar acentuaba como nadie, los acentos rítmicos del

verso! Su aparición en el Ateneo, fué una apoteosis! Hombres y mujeres lloraban de emoción arffística ante el solemne desgranar de líricas perlas negras de su poesía emotiva! Al final de esa velada, nos fuimos con Julio, José Manuel Carbonell, cuya poesía "En las Climas", le había consagrado como uno de los primeros de la falanxa aboyaca, Félix Callejas, y yo, a la gloriosa del Malecón. Allí amanecimos.

Julio nos recitó, lo que él llamaba "Gestos", breves poesías ateas, íntimas, tremendas, que no daba a la publicidad. José Manuel hizo un alarde de memoria que nos dejó a todos maravillados: Julio Florez había recitado esa noche en el Ateneo su larga "Balada del Río". Quería conservarla a todo trance, inédita. Y José Manuel de oírsele una sola vez, se la había aprendido íntegra y se la recitó al poeta aquella misma noche, causando una profunda sorpresa y admiración.

Entonces Frau Marsal, era rubio, bello y misterioso como un príncipe del Rhin! Escribía cuentos y crónicas a lo Azorin. Tenía un gran prestigio Frau entre nosotros como sutil dominador del idioma. Se burla, además, con facilidad. Era, junto con el inolvidable y querido Angel Gabriel Otero, los ironistas del grupo. Con Otero escribí Frau la opereta Lulú Cancán, que estrenó en Albisu, la fascinante María Conesa! Esto ocurría en el año 1908 Qué palpitante júbilo y que emoción la de esa noche para todos nosotros! Eran dos del grupo de "Letras", los triunfadores! Siempre juntos, en paseos, en los cafés, en los teatros. Necesitábamos y lo teníamos un palco nuestro en todos los teatros. Ramiro Hernández Portela, Mario Muñoz Bustamante, Miguel Angel Campa, Carlos Garrido, Algarrá, Foncueba, Rafael Carreiras, Néstor Carbonell, Lozano Casado, Frau, Otero, Nono Mesa Arturo R. de Carricarte y Goidarás, que entonces no era tan feo como ahora; Paco Sierra, Fernando de Zayas, Esplugas, Federico Fabre, Diwaldo Salón, Luis Rodríguez Embil, Collantes, Napoleón Gálvez, Max Henríquez Ureña, Félix Callejas, Tomás Juliá, Jesús Castellanos, Ramos, Marco Antonio Dolz, René López, ese lírico y enfermo cisne de "Barcos que pasan", con cuya muerte perdió Cuba la más bella y legítima esperanza de su cielo literario, y otros que escapaban a mi memoria, formábamos el "bolón", como se decía entonces, de los amigos que nos reuníamos tarde y noche en "El Figaro", en el Restaurant "El Casino", en el Parque Central, junto a la estatua de José Martí. A este grupo se agregaban los escritores y poetas extranjeros que llegaban a la Habana, y los acogíamos como hermanos desde la primera noche. Recuerdo a dos venezolanos de gran talento, a Juan Sola, y a Emiliano Hernández, y a Leopoldo de la Rosa, un poeta colombiano de fina y ri-

ca vena poética! Los dos primeros han muerto en su país desde hace tiempo. En Cuba dejaron los tres páginas de brillo literario en "Letras" y en "El Figaro", que bien valen como joyas de la literatura hispano-americana. Otros vinieron después. Entre éstos uno que parecía español y era cubano. Traía un libro de cuentos. Yo lo llevé y presenté al grupo. Era Hernández Catá, el célebre escritor que honra hoy día las letras cubanas, en España! Es posible que cometa olvidos, porque estoy escribiendo llevado de la memoria, a pluma suelta sobre el papel! Dentro de ese grupo había, desde luego, sectores de preferencia, quiero decir que había pequeños grupos que en nada comprometían la cordialidad general. Yo siempre fui más amigo de Frau, de Néstor, de Ramiro y de Otero. Formábamos nosotros el "grupito". Néstor lo presidía con su corazón nobilísimo.

La Habana de entonces, tenía una poetisa joven, vibrante, bella, apasionada, que venía de ilustre abolengo intelectual, en cuya casa había despertado al arte antes que ella, su hermana, la lírica y estupenda novia de Julián del Casal. Me refiero a Juana y a Dulce María Borrero. Su casa era la casa de los poetas. Todo lo que valía y brillaba, iba allí, a dar sus oros y a recibir los puñados de rosas de las líricas manos de todas las Borrero. No se podía ir entonces a ninguna casa de la Habana, sin que el poeta se viera obligado a recitar versos, tal era el cerco de los ruegos femeninos que no había forma de escapar a las recitaciones! Cada sábado había veladas en la Habana o en el Liceo de Guanabacoa. Oradores y poetas llenaban el programa. Entonces pudo oír a Zambrana, a Sangulley, a Varona, Giberga, a Lanuza, a Ferrara, a Montoro, a Alfredo Martín Morales que, hablando, era un ráudo torbellino de imágenes y de palabras que el pensamiento no podía alcanzar!

¡Qué Habana tan interesante, tan cordial, tan romántica, la de entonces! La Habana de las comidas de los domingos en la noble casa de don Domingo Malpica de la Barca, en cuya exquisita mesa de literatos hacía Eulogio Horta juegos de manos en la sombra de la pared, y el Conde Kostia recitaba "La Palmada" y Lola Rodríguez de Tió, la amada y jovial poetisa, nos hacía a todos felices con los "arranques" geniales de su personalidad. Allí, tenían, asiento fijo, todos los domingos, Panchito Ibáñez, el doctor Gonzalo Aróstegui, Héctor de Saavedra, Horta, el Dr. Miguel Angel Cabello, el bien querido Fonta, y otros, que no recuerdo ahora y el último literato llegado, y yo, que vivía en la casa por mandato del cariño paternal del Conde Kostia, generoso prounguista de mis "Arcos Votivos".

Esa Habana, de mis veinte años, la desdoble hoy como un viejo Deyocionario, en mi espíritu, y siento cómo si de cada hoja se desprendiese un hábito de una floresta dormida que aún me ofrece su fragancia y cómo si de cada una de sus rosas se levantase una voz que me dice con toda la ternura y la suavidad de un rezo: ¡ya estás viejo! ¡Ya estás viejo!

DM
Sep 11/28